

Requisitoria sobre la lectura

• FRANCISCO SOLANO

Con una persistencia cíclica que tiene algo de mecánica, cada cierto tiempo aparecen, aquí y allá, las consabidas cuentas sobre lo poco que se lee en España. La estadística es hoy una diosa entronizada, y a su santuario se acude devotamente para escuchar porcentajes. A diferencia de la Sibila de Apolo, que hablaba por medio de enigmas, la estadística pronuncia y difunde su oráculo con la claridad y contundencia de un veredicto. No cabe duda de que la creencia en la estadística, la sumisión al dogma de los números, al menos en lo referente al índice de lectura, predispone irremediablemente al ejercicio de la queja y al lamento. En España, en efecto, se lee poco en comparación con cualquier otro país de su misma órbita. Pero mucho me temo que buena parte de los que se lamentan del escaso hábito de lectura en nuestro país (profesores, bibliotecarios, periodistas), engrosan también ellos los escasos índices de lectura. Anónima y abstracta, con la estadística sucede como con los chistes de locos: nadie se siente aludido. Por lo demás, los locos no hacen chistes de locos y quienes no leen libros tampoco se asoman a los tantos por ciento de las estadísticas. Y así sucede que las estadísticas justifican la avidez lectora de algunos profesores, de ciertos bibliotecarios, de no pocos periodistas con tendencia al énfasis o al asombro, que encuentran ahí, en ese simulacro de escándalo, un sentido que acaso creían perdido para la práctica de su profesión. En fin, a todo el mundo le asiste el derecho, o al menos la reserva psicológica, de considerarse fuera de los usos menos civilizados de nuestra sociedad. Esta reflexión inicial que, lo admito, asume una fuerte descarga emocio-

nal, obedece, no obstante, a la apreciación, constatada a lo largo de años, de que muchos de los artículos

"En España, en efecto, se lee poco en comparación con cualquier otro país de su misma órbita. Pero mucho me temo que buena parte de los que se lamentan del escaso hábito de lectura en nuestro país (profesores, bibliotecarios, periodistas), engrosan también ellos los escasos índices de lectura"

y trabajos en defensa de la lectura (generosamente acogidos en las páginas de EDUCACION Y BIBLIOTECA) no están escritos, ni por asomo,



con una prosa más o menos cálida, seductora y vivaz, y algunos, convie-

ne decirlo, parecen inspirados, o directamente influidos, por algún modelo plúmbeo de prosa administrativa, no sé, las páginas del BOE, por ejemplo, o el estilo adormidera, de efectos cabeceantes, de una liquidación de ingresos y gastos de una comunidad de vecinos.

¿Es que leer y escribir pertenecen a ámbitos opuestos? ¿No es, en definitiva, la misma cosa? Se escribe, sobre todo, porque se ha leído, y hay que suponer (y no es suponer demasiado), que no sólo se lee prosa administrativa, o prosa pedagógica, o prosa judicial. Porque si así fuera, si sólo se leyera eso, ese lector no sería un lector de libros, y estaría, por tanto, incluido en el escándalo de los bajos índices de lectura. (Descarto, claro está, que el BOE, aunque encuadrado, pueda ser un libro, y también descarto la guía telefónica, pese a que tiene, sin duda, más personajes que la suma de todas las novelas de Galdós y Tolstói).

Ya que este artículo se adscribe bajo el incierto género de la requisitoria, tal vez no sea demasiado incorrecto convocar ahora algunas palabras alentadoras que atenúen la hiriente punzada de las líneas precedentes. Dice Daniel Pennac, en su libro *Como una novela*:

"La idea de que la lectura "humaniza al hombre" es justa en su conjunto, aunque experimente algunas deprimentes excepciones. Se es sin duda algo más "humano", y entendemos por ello algo más solidario con la especie (algo menos "fiera"), después de haber leído a Chéjov que antes.

"Pero evitemos acompañar este teorema con el corolario según el cual cualquier individuo que no lee debería ser considerado a priori un bruto potencial o un cre-

tino contumaz. Porque, si no, convertiremos la lectura en una obligación moral, y esto es el comienzo de uno escalado que no tardará en llevarnos o juzgar, por ejemplo, lo "moralidad" de los propios libros en función de criterios que no sentirán ningún respeto por otra libertad inalienable: la libertad de crear. A partir de entonces, el bruto seremos nosotros, por muy "lector" que seamos. Y bien sabe Dios que brutos de este tipo no faltan en el mundo".

Son las palabras de un pedagogo que ha descubierto que toda imposición discursiva, pedagógica, sobre la obligación de leer, tiene un extraño parecido con el principio de Arquímedes, que en una versión más o menos libre dice así: "Todo volumen impuesto a la mente de un alumno experimenta un impulso hacia arriba, igual al peso de los múltiples libros que dicho alumno podría haber leído que no haberle sido impuesto ese primer volumen".

Otras palabras alentadoras, en esta rueda de testigos, nos las entrega Roberto Cotroneo, que ha tenido la delicadeza, y la admirable desfachatez, de escribir un libro entero sobre el amor a los libros, dirigido a su hijo Francesco de 2 años que, por lo que nos cuenta, aún no sabe leer, circunstancia común en niños de esta edad, pero que no ha arredrado al exigente crítico italiano, responsable de las páginas culturales de *L'Espresso*, para hablar a su hijo, no sólo de una mariquita del parque, y del libro de imágenes, adaptado a la edad del niño, con una gran mariquita en la portada, sino también de *La isla del tesoro*, de *El guardián entre el centeno*, e incluso, saltándose descaradamente a la torera cualquier discreción pedagógica, del poema de Eliot, *La canción de amor de J. Alfred Prufrock*, que no es precisamente una lectura fácil, es decir, recomendable, para un niño que aún no ha oído hablar de Miguel Ángel. ¿Cómo es posible, dirón algunos, que después de aturdimos con tanto concilio de animación a la lectura, venga ahora este señor (buen lector, sin duda, pero a fin de cuentas tan buen padre como cualquiera), a descubrirnos que para enseñar a leer no hay método mejor que contagiar amor a la lectura? Ciertamente, lo que hace el crítico italiano es de una

simpleza desconcertante: pone en los oídos de su hijo, mucho antes de que éste distinga las letras, una simiente de amor que está regida por la inteligencia. Oigámosle:

"Te encontrarás con muchos videntes, Francesco. A menudo se harán llamar "intelectuales" o quizás "especialistas de la comunicación", o incluso managers, "escritores", o ve a saber cómo, poco importa el nombre que elijan. Antes de hablar con ellos, míralos fijamente a los ojos: trata de averiguar si saben interpretar realmente el tarot; y no bajes la guardia contra

los que no tienen memoria, pero que se atreven a entrar a saco en los textos de la cultura del pasado sin escucharla ni entenderla. Estos nuevos brujos, que hablan siempre del futuro ("el futuro de la sociedad, de la civilización, de la literatura, del arte") han transformado el mundo de la cultura en algo aburrido, en una

"Se lee para consultar a los muertos sobre la experiencia del vivir, y porque es el mejor medio a nuestro alcance para combatir el desasosiego de sentir que la vida siempre está en otra parte"

actividad marginal para jovencitos indolentes que no quieren decir nada a nadie. Por eso, de mayor, oirás decir a menudo que es más útil un abogado que un escritor, que un industrial lo es más que el poeta. Y sólo en las noches de juerga, cuando se ha bebido bastante y uno se siente más generoso, esas mismas personas, las que están convencidas de la inutilidad de todo lo que no sirve para pasar directamente a la acción, y sólo en esas noches, te dirán que en su juventud amaron los libros y a los poetas. Y mira-

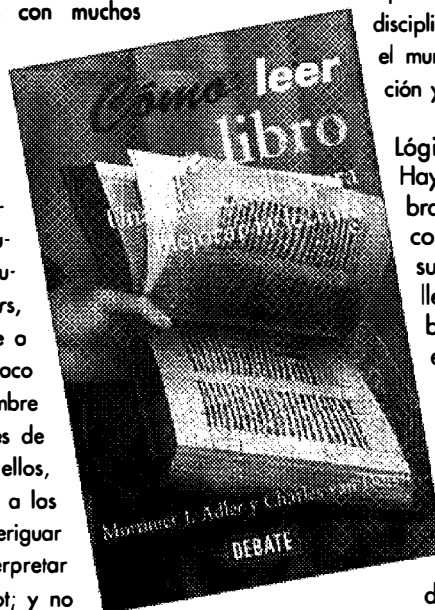
rán con benevolencia a los que siempre han vivido de lo que escriben. No caigas en eso, Francesco, no caigas en esa complicidad: la literatura no es un sueño que hay que guardar en un cajón, ni tampoco exponerlo como un exvoto: es una disciplina, una forma de conocer el mundo. Requiere lógica, intuición y oficio".

Lógica, intuición y oficio. Hay que repetir estas palabras, pues en ellas está condensada la energía suficiente para no desfallecer en las horas más bajas. Además, encierran el espacio de un triángulo que se ilumina como una imprevista lámpara en la noche, aviso para caminantes extraviados y astrolabio para no perder el rumbo en la inmensidad oceánica de la letra

impresa. Leer es un arte, no sólo un entretenimiento, quiero decir que está más cerca de la educación continuada que del mero ejercicio artesanal. Así lo expresan, con un estilo sorprendentemente claro y un cuidado sentido de la exposición (en ocasiones muy reiterativo, pero siempre al servicio del lector probable), Mortimer J. Adler y Charles van Doren, los autores de *Cómo leer un libro*:

"Los buenos libros nos superan; en otro caso, no serían buenos. Y este tipo de libros nos cansan o menos que seamos capaces de darles alcance y de ponernos a su nivel. No es el esfuerzo lo que nos cansa, sino la frustración de no conseguir nodo con ello porque carecemos de la habilidad para hacerlo adecuadamente. Para leer activamente, no sólo hay que tener voluntad sino también la destreza, el arte que nos permite elevarnos con el dominio de lo que al principio nos parece inalcanzable".

La lectura, pues, es una exigencia que nos debemos, una deuda irremediable que hemos adquirido con nosotros mismos, puesto que leyendo bordeamos y nos aproximamos a ese centro vacío que sólo las palabras impresas pueden llenar. El hábito de leer implica un diálogo constante, una forma de crecimiento. Proust lo dice de un modo más preciso: "Mientras la lectura sea para nosotros la iniciadora





LIBROS SOBRE EL LEER Y LA LECTURA

COMO UNA NOVELA

Daniel Pennac; traducción de Joaquín Jordá.- 4ª ed.- Barcelona: Anagrama, 1995.- 169 p.- (Argumentos; 137)

DISCURSOS SOBRE LA LECTURA (1880-1980)

Anne-Marie Chartier, Jean Hébrard; con la asistencia científica el Service d'histoire de l'éducation del Institut National de Recherche Pédagogique.- Barcelona, Gedisa, 1994.- 583 p.- (Lectura, Escritura, Alfabetización; 1).

SI UNA MAÑANA DE VERANO UN NIÑO:

Carta a mi hijo sobre el amor a los libros
Roberto Cotroneo; traducción de Alessandra Picone.- Madrid: Taurus, 1995.- 162 p.

SOBRE LA LECTURA

Marcel Proust; traducción de Manuel Arranz.- 2ª ed.- Valencia: Pre-Textos, 1996.- 68 p.- (Textos y pretextos; 104)

CÓMO LEER UN LIBRO: Una guía clásica para mejorar la lectura

Mortimer J. Adler y Charles van Doren; versión castellana de Flora Casas.- Madrid: Debate, 1996.- 415 p.

cuyas llaves mágicas nos abren en nuestro interior la puerta de estancias a las que no hubiéramos sabido llegar solos, su papel en nuestra vida es saludable".

Sin embargo, estas simblanzas a favor de la lectura son válidas, no lo olvidemos, para los lectores, quienes ya están convencidos de que leer es necesario, lo que no quiere decir que la lectura constituya, en sí misma, una actividad nunca peligrosa y, por tanto, intrínsecamente buena. Se puede vivir sin lectura, pero no sin oxígeno. Lo importante, en todo caso, es que cada cual reconcilie su propia vida con su propia necesidad. Aunque para el lector, para el verdadero lector, vale tanto el oxígeno como los libros. De ahí que la pregunta más irritante que podría esgrimir un adversario de la lectura (adversario o simple negador de nuestras costumbres), no resida en las razones de un

hábito que, como cualquier vicio, cada cual padece con diferentes grados de adicción, sino que pondría su acento, seguramente, en los beneficios, supuestos o reales, que la lectura depara. Sí, seguramente su pregunto, tan incisiva como una antigua navaja barbera, se podría expresar con tres palabras: ¿para qué leer?

Pero en otra ocasión habrá tiempo para contestar con extensión. De momento, valgan por ahora dos respuestas, unidas por el mismo hilo interminable del tiempo: se lee para consultar a los muertos sobre la experiencia del vivir, y porque es el mejor medio a nuestro alcance para combatir el desasosiego de sentir que la vida siempre está en otra parte.

* Francisco Solano es Coordinador de Edición de EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA.



PUBLICIDAD